

SAMUEL A. LILLO

CANCIONES  
DE  
ARAUCO



# CANCIONES DE ARAUCO



CANCIONES

DE

ARAUCO

POR

Samuel A. Lillo



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRESA CERVANTES  
BANDERA, 50

—  
1908

---

ES PROPIEDAD.—QUEDA HECHO  
EL DEPÓSITO PRESCRITO POR LA LEI

---



*Samuel A. Mills.*

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
El último cacique .....	3
La epopeya de los cóndores.....	13
El rei de Nahuelbuta .....	25
Mater.....	31
El triunfo de la seiva .....	41
La mina abandonada .....	51
Tarde de invierno .....	59
La caza del puma .....	65
La muerte del árbol .....	73
La escuela de antaño.....	79
El palanquero .....	89
Paisaje de estío.....	97
El arponero.....	103
Paladines .....	115
El fin de un tirano.....	121
El buho .....	127
Playa de Buen Retiro.....	135
En la Frontera .....	141

---

## OBRAS DEL AUTOR

*Poetas.*—1 volumen. 1900. Agotada.

*Antes i Hoi.*—Poema. 1905. Agotada.

# EL ÚLTIMO CHAQUE



## EL ÚLTIMO CACIQUE

Lleva en su cuerpo arrogante  
el amplio manto flotante  
i el extraño chiripá;  
i parece al sol naciente  
el trarilonco en su frente  
una diadema real.

En su soberbia cabeza  
aun conserva la fiera  
i la altivez del leon.

Su rostro terso, sin vellos;  
negros, los lisos cabellos,  
símbolos de su vigor.

No se han mojado sus manos  
con los sudores villanos  
del hacha o del azadon;  
sino con la empuñadura  
de la lanza o con la dura  
riñda de su bridon.

I al cruzar por la espesura  
con su altanera apostura  
i su cuerpo de titan,  
creen los robles jigantes  
que va pasando, como ántes,  
el fiero Caupolican.

El cacique piensa, piensa  
con los ojos en la inmensa  
cordillera frente a él,

cuyas enormes montañas  
contemplaron las hazañas  
inmortales de su grei.

Le parece que desfila  
ante su vieja pupila  
el panorama de ayer,  
i que ve, por las pendientes  
de los montes, los torrentes  
de jinetes descender.

El los mira en las llanadas  
con las lanzas enristradas,  
suelta la rienda al corcel,  
como una marea viva  
que con su empuje derriba  
cuanto se encuentra de pié.

Al frente de todos, uno  
mas gallardo que ninguno  
i mas altivo que un rei;

en el asalto, el primero;  
en el combate, el mas fiero:  
es el cacique Nahuel.

¡ Junto a sus mocetones,  
él sueña con los malones  
de aquel tiempo que pasó,  
cuando al ronco vocerío  
de su hueste, el caserío  
por la noche despertó.

Aun se figura escuchar  
los hurras de sus vasallos,  
del incendio el crepitar,  
los disparos de fusil  
i el correr de los caballos  
cargados con el botin.

Hoi está sólo, otro ambiente  
en torno suyo, se siente  
un estraño en su país.

i cortan su libertad  
un camino o una ciudad  
que ve de pronto surgir.

Las pataguas i laureles  
que formaban los doseles  
de sus bosques, ya no están;  
i en lugar de la floresta,  
como en señal de protesta,  
solo negros troncos hai.

I turban sus siestas quedas  
el chirrido de la ruedas  
por el camino real,  
i el estruendo del pitazo  
que mas allá del ribazo  
arroja el tren al pasar.

Huraño, tiene por mengua  
hablar extranjera lengua:  
su boca tan solo sabe

el dulce idioma natal,  
melancólico i suäve  
como arrullo de torcaz.

Por eso, si algun viajero,  
al hallarlo en su sendero,  
se detiene junto a él  
i en su lengua lo saluda,  
por su faz adusta i muda  
pasa un soplo de desden.

En vano, sus hombres fieles  
los escuálidos corceles  
que aún le dejan subir  
excitan i hacen correr:  
bien sabe que no hai botin  
ni laurel que recojer.

I comprende con tristeza  
que es la última cabeza  
de una raza que pasó

despues que con sus hazañas,  
desde el mar a las montañas,  
toda la tierra llenó.

II

Con sus fieles mocetones,  
sus mujeres i bridones,  
Nahuel, el viejo toquí,  
en estraña caravana,  
parte al fin una mañana  
en busca de otro país.

Una tierra libre, inmensa  
que tras los Andes comienza,  
en donde no turba el tren  
el reposo del guerrero,  
i en donde, como el pampero,  
suelto galopa el corcel.

Allí a los piés de los montes,  
ante abiertos horizontes,  
sus rucas levantará;  
¡, como un viejo patriarca,  
sobre la vasta comarca  
libremente imperará.

I al pensar que allá le espera  
otra patria ¡ otro hogar,  
subiendo la cordillera,  
siente, como ántes, vibrar  
de nuevo la fuerza entera  
de sus miembros de jaguar.

I de lo alto de la sierra,  
lanza su grito de guerra,  
semejante a un somaten;  
al que responde en el llano,  
como otro clarín lejano,  
el ronco grito de un tren.

# LA EPOPEYA DE LOS CÓNDORES



## LA EPOPEYA DE LOS CÓNDORES

Era la edad lejana  
de los tiempos heroicos de esta tierra,  
en que vibraba todavía el grito  
de libertad del mar hasta la sierra;  
en que cada labriego,  
al ascender la noche sus montañas,  
contaba junto al fuego  
el poema viril de sus hazañas;  
el tiempo lejandario  
cuando en la soledad de los alcores  
luchaban con los pumas,  
como nuevos Davides, los pastores,

i cuando los aldeanos,  
al asomar la aurora,  
miraban descender hácia los llanos,  
mas fieras i mas grandes  
talvez que las de ahora,  
las bandadas de cóndores del Andes.

En grupos bulliciosos acudieron,  
al conocer la nueva de aquel dia,  
los fornidos muchachos montañeses  
a tomar su lugar, como otras veces,  
en la gran cacería.

Construyeron el campo de la liza  
al pié de unas alturas  
que cierran allí el valle, i lo cercaron  
con una red de troncos que amarraron  
con fuertes ligaduras.  
En el centro dejaron por la noche  
un toro recién muerto que atrajera,  
al clarear la alborada,  
la interminable hilera  
de la hambrienta bandada.

Desde el alba, la turba de muchachos,  
en espera del duelo,  
atishaba escondida en la maleza  
cual bajaban los cóndores del cielo.  
Algunos descendian con presteza  
para entrarse resueltos al cercado;  
otros, revoloteando con pausado  
i airoso movimiento,  
o con las grandes alas estendidas,  
pasaban por encima i se alejaban,  
como naves llevadas por el viento.

Al sonar la campana  
que en la hacienda lejana  
llamaba a la oracion del mediodía,  
cerca de una centena  
de cóndores enormes  
ocupaban la arena,  
formando en torno del becerro muerto  
un inquieto monton, en que peleaban  
los pájaros mas fuertes i temidos  
la presa ensangrentada, en un concierto  
de aletazos, carreras i graznidos.

Hartos, por fin, de carne,  
uno a uno del grupo se apartaron  
i, abriendo lentamente los resortes  
de sus alas jigantes,  
intentaron en vano alzar el vuelo:  
rendidos i jadeantes,  
chocaban con la recia empalizada  
i aleteando rodaban por el suelo.

Cuando de duras pieles revestidos,  
penetraron los mozos,  
llevando a la cintura sus cuchillas  
i empuñando a la vez las gruesas lumas,  
los cóndores quedaron silenciosos  
i se agruparon junto a las orillas;  
hasta hubo alguno que alisó sus plumas,  
estiró el cuello i entreabrió las alas,  
como los medioevales paladines  
que oían en el viento  
la lejana señal de los clarines.

Un viejo cóndor que llegó postrero  
tranquilo se quedó: se desquitaba

de sus días de ayuno en las montañas.  
Con su pico de acero,  
apoyando sus garras formidables  
en la res, le rompía las entrañas.  
Luego ajitó sus alas sorprendido  
de la brusca invasión, i enardecido  
lanzóse contra el mozo delantero,  
mas un golpe certero  
dejó su cuerpo colosal tendido.

Fué aquello la señal: en un instante  
juntáronse los bandos en la arena;  
algunos de los buitres espantados  
trataron de escapar, otros airados  
i con los picos i collares rojos  
de sangre todavía,  
saltaban a los ojos  
de los bravos muchachos i atrevidos,  
esquivando los golpes de sus brazos,  
dando roncós graznidos,  
los herían con recios aletazos.

Ya alguno de los mozos de alma fiera  
entre arranques de ira o de alegría,  
rota en partes la piel que lo cubriera  
i libres a los vientos los cabellos,  
como un nuevo Rolando, discurría  
en la espesa leñon que revolvía  
sus negras alas i sus blancos cuellos.

Ora uno de los buitres mas bravíos,  
resguardando su espalda con los troncos,  
dando saltos enormes, rechazaba  
de los zagales los pujantes brios;  
i de súbito al fin se escabullía  
al fondo de la liza, semejante  
a un jaguar que ha burlado la jauría.

Como nubes oscuras,  
torbellinos de yerbas i de polvo  
subían desde el fondo a las alturas,  
al par que el formidable vocerío  
con el rudo golpear de los campeones,  
iba llevando por la sierra el eco  
de un combate de cóndores i leones.

Cesó un momento la porfiada lucha,  
las aves vacilantes,  
mirando con tristeza sus montañas,  
al fondo del corral se refujaron  
silenciosas i hurañas.  
Los mozos jadeantes  
las sudorosas frentes se enjugaron,  
alegres comentando sus hazañas,  
i algunos de los cóndores vencidos  
con los sangrientos miembros destrozados  
buscaron un rincon en la maleza  
para morir tranquilos, resignados  
escondida en la yerba la cabeza,  
como al caer en los romanos circos.  
ántes que pedir gracia a sus señores,  
solian esconder bajo el escudo  
su cabeza los fieros gladiadores,

Del fondo del palenque,  
avanzó de improviso  
un recio cóndor de gigante altura  
i de ancho collar blanco  
que contrastaba con su veste oscura,  
i, abriéndose camino,

en actitud airada  
frente a un muchacho a colocarse vino.

Parecía un antiguo condotiero  
que pelease por toda la mesnada.  
Al verlo junto a él, resuelto el mozo  
saltó sobre el caudillo,  
i en el centro del cuello vigoroso,  
sepultóle hasta el mango su cuchillo.  
Írguíóse el ave i ántes que pudiese  
dar nadie ningun paso,  
lo abatió con un golpe de sus alas  
i el cráneo le rompió de un picotazo.

Alzóse un espantoso clamoreo  
de horror i de protesta.  
Los que ántes contemplaban  
trepados en los troncos  
las faces de la fiesta,  
en confuso tropel se descolgaron  
i en medio del palenque penetraron;  
al par que los jinetes  
bajaban por la cuesta a la carrera,

i rompian los recios estacones  
con el rudo empellon de sus bridones.

I cuando separaban conmovidos  
los labriegos al ave i al muchacho  
estrechamente unidos,  
los cóndores que estaban agrupados  
dispuestos a la lucha todavía,  
salieron por la brecha que se abria.  
I al encontrarse afuera,  
sacudiendo las alas triunfalmente,  
cruzaron, dando saltos, la pradera.

Alzaron luego el vuelo, lentamente  
pasaron por encima de la liza;  
i al mirar el monton de sus hermanos,  
con el cuello en tension i contraídas  
las garras por la saña,  
se fueron, desfilando en larga hilera,  
con rumbo al peñascal de su montaña.

EL REI DE NAHUCLBUTA

A. MANUEL MAGALLÁNES M.



## EL REI DE NAHUEL BUTA

En las faldas de los montes i en los llanos,  
que sombreaban las pataguas i las lumas,  
ya no habitan, como reijos soberanos,  
las parejas triunfadoras de los pumas.

Era el puma esbelto, fuerte; semejaba  
un leopardo con el pelo al sol dorado;  
en coraje hasta a los leones igualaba,  
i en carrera, a los huemules i al venado.

Era el único señor de la espesara:  
cuando, a veces, persiguiendo una alimaña,  
por la selva atravesaba su figura,  
le rendía vasallaje la montaña.

Solo el indio disputábale su imperio,  
i si juntos arrojábalos la suerte  
al acecho de una presa, en el misterio  
de la selva comenzaba un duelo a muerte,

en que, miéntras con el vientre echado en tierra  
él sus garras formidables preparaba,  
impértérito el pehuenche de la sierra  
aguardábalo, apoyándose en su clava.

¡Cuántas veces su cabeza ensangrentada  
irguió a'tivo sobre el cuerpo del vencido,  
asordando la estension de la hondonada  
con el ronco clarinear de su rujido!

Hoy los hombres con sus armas i sus perros  
han violado sus ocultas madrigueras;  
han cortado sus montañas, i en los cerros  
rumorean, como el mar, las sementeras.

¡ por eso, con el paso cauteloso,  
en los claros de la selva se aventura:  
sus rumores lo detienen temeroso,  
como un corzo sorprendido en la espesura.

Ya no espera, a los destellos de la luna,  
que descendan a beber en las azules  
ondas puras del arroyo i la laguna,  
las manadas de guanacos i huemules.

En la noche, a su reclamo enamorado  
no responde su salvaje compañera;  
sino el grito de algun tren que pasa al lado,  
despertando la callada cordillera.

¡Qué de veces se ha arrojado de repente,  
en un vértigo de horror, entre las ramas  
ante el monstruo que avanzaba con la frente  
luminosa i el aliento de humo i llamas!

Entre sombras, solitario i fujitivo,  
vaga ahora por barrancas i quilares,  
donde llora, como un mísero cautivo,  
el silencio de sus selvas seculares.

¡Cómo tiemblan por la noche los viajeros  
i las tímidas ovejas extraviadas  
cuando suben sus maullidos lastimeros  
desde el fondo de las lóbregas quebradas!

Mas la oveja o el viajero rezagado  
hallar pueden su redil o su cabaña,  
i este rei de Nahuelbuta destronado  
hoi no tiene ni un refujio en su montaña.

MATER



## MATER

En el fondo de un bajo, cuya hondura  
aparece entre las cumbres de la sierra  
como enorme cortadura  
que en la tierra  
dejó el hacha de un títan,  
pace alegre, libre, ufana,  
una vaca cuya cría  
se ve al sol de la mañana,  
como un niño pequeño lo retozar.

Llama a veces al becerro  
con un tímido mujido de ternura

que doliente va a morir en la verdura,  
i, cual madre cariñosa,  
lame a trechos su alba piel  
tan sedosa  
i tan blanda como el musgo que, en invierno,  
de las rocas brota al pié.

Se detiene de improviso,  
la pupila glauca abierta  
i tendido hácia adelante  
de la oreja el pabellon:  
en sus alas trae el viento  
un alerta,  
un graznido ronco i lento  
semejante al maullido de un leon.

I escudriña su mirada  
la montaña i la quebrada  
i en el áspero repecho  
de una sierra que domina los collados,  
como torre señorial,  
ve dos buitres en acecho  
con las alas recojidas i los cuellos alargados,  
como tigres de las pampas que un asalto van a dar:

Entre tanto que la hembra  
quedó inmóvil en la cima del peñon,  
raudo el macho sobre el tímido becerro  
de improviso se lanzó.

I la vaca enfurecida  
se arrojó también sobre él,  
i, en violenta arremetida,  
con la frente al ras del suelo,  
persiguiólo de los campos al traves.

Mas el buitre, dando saltos i revuelos,  
a lo largo de la vega se alejó  
por la bestia sin cesar acometido,  
sin que nunca le alcanzara su temido  
arponazo vengador.

Un balido, como queja lastimera  
cuyo acento tantas veces conociera  
ya la madre, la detuvo en su correr,

i, dejando que el artero fujitivo  
libre el vuelo levantara,  
al paraje en que dejara  
su pequeño, volvió rápida otra vez.

I al alzar entre las yerbas la cabeza,  
vió, entretanto que corria sin parar,  
que la hembra habia hecho ya su presa  
en el tierno becerrillo, que balando removia  
bajo el ala formidable,  
la hojarasca del pastal.

Al sentir el sordo estruendo  
de su paso en la maleza,  
con indómita fiereza  
irguió el áve su estatura colosal;  
i esperó la arremetida  
con las alas entreabiertas,  
tinto en sangre su collar.  
Al tocarle ya las astas de la fiera,  
cual si hubiese obedecido a una señal,  
ayudando con las alas su carrera,  
fué saltando, como el macho, por el alto yerbazal.

I bien pronto en el espeso remolino  
levantado en el camino  
por los cascos i las alas,  
bestia i ave se perdieron  
de la vega en el confin.

A ese instante, ya del macho descendía  
la sombría,  
implacable silüeta  
otra vez hácia el festin.

Cada vez que, retornando victoriosa  
del final de su jornada,  
en ayuda de su hijo la hondonada  
solitaria atravesó,  
como heraldo de la muerte,  
sobre el cuerpo del pequeño  
con las garras enclavadas, fiero i fuerte,  
siempre a uno de los buitres divisó.

¡Cuántas veces, aquel día las montañas  
sentirian resonar,

en el fondo de sus lóbregas entrañas,  
su nervioso galopar!  
¡Cuántos valles i quebradas  
oirian sus coléricos mujidos  
o sus gritos de dolor,  
sin que nadie en las calladas  
i desiertas serranías  
acudiese en su favor!

Mas, de súbito, sus ímpetus cesaron  
i sus remos temblorosos se doblaron;  
resopló por un momento de rodillas  
i en la yerba se tendió vencida al fin.  
I su cuerpo fuerte i bello  
quedó inmóvil con el cuello  
esténdido hácia el paraje  
donde estaba de los buitres el festin.

Espirante, su mirada a las alturas  
tristemente levantó,  
i ver pudo las figuras  
de los buitres que subian a su nido  
alumbrados por el sol,

i llevando suspendido  
de sus picos el sangriento  
rojo trozo de una entraña,  
como flámula triunfal  
remecida por el viento  
de las tardes que del Andes baja al mar.

EL TRIUNFO DE LA SELVA



## EL TRIUNFO DE LA SELVA

Hija de una cautiva i un indio de la tierra,  
pequeña la trajeron las monjas, de la sierra,  
cuando murió su madre, tan tímida i huraña  
como un tierno venado cojido en la montaña.

Semejante a una planta silvestre que el cultivo  
hermosea i refina, creció su cuerpo altivo;  
i entraron con sus risas i con su alegre acento  
soles primaverales en el viejo convento.  
Amáronla las monjas i por su alma sencilla  
i buena, la quisieron las jentes de la villa.

A veces, al principio su vida primitiva pasaba por su mente cual vision fujitiva: veíase vagando sola por el bosque, huyendo de los golpes del cacique salvaje, i viendo por las noches las verdosas pupilas de los gatos monteses al traves de las quilas.

Despues cuando vinieron los apacibles dias olvidó para siempre sus visiones sombrías como el rio que olvida, corriendo en la llanura, las rocas que rompieron sus linfas en la altura.

Una tarde, al convento llegó una comitiva de uncs cuantos jinetes, a cuyo frente iba su padre, que intentaba llevársela consigo por haberla vendido a otro moluche amigo, antiguo compañero de asaltos i malones. Traia por escolta sus recios mocetones i en pro de sus derechos, tambien un ministril, modelo de su casta, sobre un flaco rocin.

Cuando supo la niña confusa i sorprendida que iba a dejar su asilo que le alegró la vida,

para volver de nuevo al tumultuoso oleaje  
que su infancia azotara, junto a un indio salvaje,  
sublevóse su alma poética i serena  
en un grande estallido de repugnancia i pena,  
i abrazábase al cuello de las monjas, en tanto  
que llenaba el convento su interminable llanto.

A pesar de sus ruegos, sobre su delantera  
el cacique sentóla, i por la ancha carretera,  
a esas horas desierta, la triste caravana  
se internó silenciosa por la selva araucana.

Pasada la corriente de un caudaloso río,  
en plena tierra libre, dentro de un bosque umbrío,  
se desmontó la jente. Trajo de la espesura  
una india ya caduca la estraña vestidura  
de las hijas de Arauco, i a una órden del viejo,  
la despojó la india de su albo zagalejo  
i de las otras prendas, i cuando sin ninguna  
cubierta la dejaron al rayo de la luna  
que cruzaba el ramaje, con su cuerpo moreno  
parecía una ninfa dueña de un bosque heleno.

Cubrieron de sus miembros la graciosa esbeltez  
con un chamal oscuro que llegaba a los piés;  
dejáronle desnudos los hombros i los brazos;  
debajo de la barba, con broches i con lazos  
le prendieron un manto que a su espalda caía,  
i en torno de su frente pensativa i sombría,  
pusiéronle una cinta de color escarlata  
sembradas de monedas de reluciente plata.

Luego, desvanecida su postrera esperanza,  
a caballo la echaron a la indijena usanza,  
i al contemplar que el río llevábase su traje  
hácia el mar, como el cuerpo de un cisne entre el oleaje  
sintió que otra corriente llevábala así mismo  
en sus revueltas ondas al fondo de otro abismo.

Cuando tras de la orjía de báquica algazara  
con que su casamiento la tribu celebrara,  
cansada entró en la oscura cabaña del cacique,  
creyó estar en la honda tranquilidad de un pique  
a cuyo fondo apénas, como sones lejanos,  
alcanzaban los cantos de sus nuevos hermanos.

I cuado sintió al indio que se acercaba beodo,  
hasta su última fibra tembló su cuerpo todo,  
tal como una vizcacha tiembla en su madriguera  
al sentir las pisadas del hombre o de la fiera.  
I allí frente a la vida, sin tener la miel pura  
del amor que endulzase la brutal amargura,  
i sobre un miserable monton de sucias pieles,  
tuvo su alma de niña desengaños crüeles.

## II

En tanto que los indios se echaban perezosos  
en frente de sus rucas, los grupos silenciosos  
de las tristes mujeres entre las altas yerbas  
trabajaban la tierra, como un tropel de siervas.  
Algunas descendian del rio la pendiente  
i llenaban su cántaro en la clara corriente,  
i otras acarreaban de los bosques cercanos  
la leña o recojian los yuyos de los llanos.

Con el alma agobiada por su fardo de penas,  
tambien ella su parte recibió en las faenas.  
En los primeros tiempos fué, con sus piés sangrientos,

cruzando los caminos con la lluvia i los vientos,  
o trabajando bajo los soles estivales  
regaba con su llanto los resecos terrales.

Cuando sus infelices hermanas de cadenas  
concluian sus labores e íbanse serenas,  
ella, miéntras la tarde, como un soplo, estendia  
por sobre los rastrojos su honda melancolía,  
echada sobre el suelo, contemplaba el lucero  
que alumbró en el convento su albo ensueño primero.

Otras veces al rio bajaba con la aurora  
a soñar al arrullo de la linfa sonora,  
i pensaba que irian en la misma mañana  
a cantar esas ondas al pié de su ventana.

Así como las selvas invaden los bohíos  
dejados por sus dueños, con redoblados bríos,  
i, ahogando con sus lianas el brote i el renuevo,  
convierten los sembrados en páramos de nuevo,

así la pobre niña comprendió con tristeza  
que al huerto de su alma ya entraba la maleza,  
que cada día lejos del convento perdido  
matábanle un recuerdo las lianas del olvido.

Cuando sintió en el pecho su última fibra rota,  
ya palpitó tranquilo su corazón de ilota.  
I miró desde entonces a cada compañera  
que al rústico serrallo su dueño introdujera,  
con la misma inconsciencia con que mira en la vega  
el rebaño encerrado a otra hembra que llega.

Ya no sentía su alma ni goces ni dolores,  
así como su cuerpo ni frios ni calores;  
su espíritu pasaba por lo agrio de la vida,  
como sobre las piedras su planta endurecida.

El alma de la selva de lleno entróse en ella;  
i rústica i huraña, la diamantina estrella  
en las estivas tardes ya no contempla ahora,  
ni a la orilla del río va a soñar a la aurora,

ni la espantan los campos con su ruda faena,  
i sus ojos hoi tienen la mirada serena  
de las bestias de carga que van por los caminos  
resignadas i humildes con sus rudos destinos.

LA MINA ABANDONADA

A ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR



## LA MINA ABANDONADA

Es el negro socavon,  
en la falda del lomaje,  
una herida sin vendaje,  
espuesta al viento i al sol.  
Junto a su boca se ve  
roja tierra amontonada,  
como sangre coagulada  
que se secó sin correr.

Firme aún la cabria está,  
descubierto su envigado,  
semejante a un descarnado  
esqueleto colosal.

En lo alto del cabrial  
inmóviles, las poleas,  
i las viejas chimeneas,  
sin su penacho triunfal

Vagonetas de carbon  
se ven a trechos volcadas,  
como tortugas tumbadas,  
sobre su caparazon.

I desde lo alto al final  
de la pendiente, montones  
de ruedas, tubos, cañones,  
madera i planchas están  
en tan triste confusion,  
que creen mirar los ojos  
de un naufragio los despojos  
que hasta allí el mar arrojó.

Cuando su adios la luz da,  
solo un sereno se interna  
con su rojiza linterna  
por el desierto escombral;

i si el recio vendaval  
sopla silbando en la altura  
i la vetusta armadura  
de la cabria hace temblar,  
cree el nocturno guardian  
que es el jenio de la mina  
que todavia domina  
sobre el muerto litoral.

Hoi en lugar del rumor  
de máquinas i de gritos  
de bocinas i de pitos  
sobre el alto farellon,  
solo interrumpe la paz  
de la mina abandonada  
la bulliciosa bandada  
de aves que sube del mar.

Ya en la noche, el esquilon  
no da sus toques vibrantes,  
a cuyos llamados, ántes,  
como a una evocacion,  
por la boca del talud,

mil luminarias brotaban  
i por las sendas bajaban  
como serpientes de luz.

Era el épico tropel  
de los invictos mineros  
que, dejando en los veneros  
gotas de sangre i de hiel,  
surjian de la *labor*  
a buscar los nuevos brios  
en los tugurios sombríos  
junto a un vaso de alcohol,  
para, en seguida, subir  
a la luz de la mañana  
en callada caravana,  
abatida la cerviz,  
como enorme multitud  
de negros escarabajos  
que huían por los atajos  
sorprendidos por la luz.

¿I hoi los siervos donde están?  
Unos duermen todavía  
en la muerta galería  
que una noche llenó el mar.

¿I qué fué de los demas?  
Con su miseria i su pena,  
como los granos de arena,  
los aventó el huracán.  
I habrán llegado talvez  
en su peregrinacion,  
a otro negro socavon  
en que han de dormir tambien.

TARDE DE INVIERNO



## TARDE DE INVIERNO

Pardea de léjos la viña en la falda  
cual mancha de siena en el verde esmeralda;  
sus troncos torcidos  
parecen enormes reptiles dormidos.  
Abajo en el valle, sombríos i mudos,  
los álamos alzan sus brazos desnudos  
i sobre los bordes de los canalones,  
inclinan sus frentes los sauces llorones.  
Tan solo interrumpen la gama sombría  
en aquella tarde desolada i fria,  
tras de los tapiales, con su áureo color,  
los grandes manchones de aromos en flor.

Ostentan el suelo revuelto, encharcado  
las fértiles vegas que rompió el arado,  
i se extienden hasta los cerros primeros  
del Ande i la costa los grandes potreros,  
donde los rebaños pacen los pastales  
de las bienhechoras lluvias invernales.  
En la angosta via que, cual cinta oscura,  
entre zarzas moras cruza la llanura,  
siéntense las voces de los mayores  
que guian los carros por los barrizales.  
En los espinares, como tristes quejas,  
arrojan sus gritos de amor las vulpejas,  
i en son de protesta, se escuchan lejanos  
en las alquerías ladridos de alanos.

Va a morir el dia: sobre la campaña  
pasa como un soplo de tristeza estraña,  
Tiembra todo el valle con el viento frio  
que trae la turbia corriente del rio,  
i al ver que la niebla nocturna que baja  
ya cubre los cerros, como una mortaja,  
suspende el labriego su ruda tarea  
i va paso a paso con rumbo a la aldea.

Queltehues i garzas tambien van en viaje,  
dejando desierto, callado el paisaje,  
solo los pidenes en el campo muerto  
se quedan cantando su triste concierto.

LA CAZA DEL PUMA

A DIEGO PUBLÉ JRRUTIA



## LA CAZA DEL PUMA

Es la tarde. La jauría cazadora  
perdió el rastro en la espesura. Sobre el monte  
yace el puma fatigado, mientras dora  
ya la lumbre de la luna el horizonte.

Allí inmóvil en las yerbas está echado,  
temblorosos los ijares con la saña,  
aun eriza su jigante lomo arqueado  
i despiden sus pupilas llama estraña.

De improviso yergue inquieto la cabeza:  
a lo léjos un tropel siniestro escucha;

con elástica soltura se endereza,  
presintiendo ya el peligro de la lucha.

Descendiendo por la cuesta de la loma  
que a su espalda se levanta, la jauría  
en confuso torbellino ya se asoma,  
dando al aire su salvaje algarabía.

El primero que de todos baja al frente  
es un dogo gigantesco que no espera  
la cuadrilla, i que, gruñendo sordamente,  
se abalanza sobre el cuello de la fiera.

Es el dogo mas feroz de la comarca  
i el leonero mas tenaz i mas esperto;  
pero un golpe formidable del monarca  
lo derriba con el rojo vientre abierto.

Salta el puma sobre el cuerpo i acosado  
por la turba de sabuesos que ya llega,  
como baja de la cúspide un rodado,  
se despeña por la cuesta hácia la vega.

I bañado por la luna, semejaba  
al empuje de su saltos colosales,  
un fantástico vampiro que volaba  
por encima de los negros matorrales.

Corta el llano de improviso, como un tajo,  
un torrente de hondo cauce, junto al cual  
se levanta centinela de aquel bajo  
una altísima patagua secular.

Sólo llega hasta el riachuelo la espesura  
de los litres i las murtas. Se descubre  
desde el borde al otro lado la llanura  
limpia i clara, como el cielo que la cubre.

Al sentirse en la barranca detenido,  
viendo el puma que está encima la jauría,  
salta el cauce i por el tronco retorcido  
raudo sube hasta la cúpula sombría.

I la fiera, dando tregua a sus temores,  
puede ver agazapada entre el foliaje

las traillas de sabuesos cazadores  
que registran i olfatean el bosque.

Atraviesan resoplando la corriente  
los caballos i los perros; i una hoguera  
encendida por los mozos prontamente  
cerca el árbol donde encuéntrase la fiera.

Luego sube por el tronco hacia el felino  
a ponerle sobre el mismo cuello el lazo,  
un intrépido muchacho campesino,  
un atleta de ámplio pecho i fuerte brazo,

Libres, prestas van sus manos: han probado  
ya las bestias su vigor mas de una vez;  
lleva el lazo en la cintura preparado  
i en los dientes su cuchillo montañes.

Miéntras sube con pausados movimientos,  
salta abajo la jauría ladradora,  
i allá arriba, remecido por los vientos,  
solitario, sobre el árbol el leon llora.

Su ciclópeo corazón está sangrando,  
i sus lágrimas que corren una a una,  
como enormes solitarios van rodando  
a los pálidos fulgores de la luna

Llega el mozo i con impávida destreza  
sobre el cuello de la fiera arroja el lazo;  
pero el puma, sacudiendo la cabeza,  
iracundo lo desvia de un zarpazo.

Es que al silbo de aquel látigo ha sentido  
revivir en las entrañas su coraje;  
i ruiendo, salta i hiere al atrevido  
que al caer va rebotando en el ramaje.

I una sombra misteriosa velozmente,  
con un salto, desde el árbol, cruza el río;  
i el rumor de una carrera, sordamente  
va subiendo desde el llano al bosque umbrío.

Miéntas suenan del riachuelo en las orillas  
juramentos, i carreras, i bufidos,

i ensordecen las quebradas las cuadrillas  
con el coro de sus lúgubres ladridos,

Alumbrado por la luna que lo baña,  
como un reto hácia los perros cazadores,  
en la cima de la próxima montaña,  
lanza el puma sus ruidos triunfadores.

LA MUERTE DEL ARBOL



## LA MUERTE DEL ÁRBOL.

Firme el rústico golpea  
un viejo laurel de Angol,  
el ramaje al golpe ondea  
i el hacha relampaguea,  
cómo un claro espejo al sol.

Contrayendo su corteza  
que le sirve de broquel,  
resiste al hierro el laurel,  
como el jabalí que engruesa  
la armadura de su piel.

Es en vano que ante nada  
cede la punta acerada  
del hacha que, en noble afán,  
alza la mano esforzada  
del labriego o del gañan.

Ya por la corteza hendida  
brota de savia un raudal,  
como de la abierta herida  
salta la sangre encendida  
a los golpes del puñal.

I el sordo ruido del ¡ah!  
con que acompañando va  
cada golpe el leñador,  
parece un ¡ai! de dolor  
que el árbol herido da.

Piensa la selva espantada,  
al sentir el estridor,  
que es la diestra del Señor,  
que hasta ella penetra armada  
con el rayo vengador.

I a cada golpe fatal,  
siente el tronco estremecer  
su vetusto pedestal,  
que desafiara hasta ayer  
las iras del vendaval.

I cual busca entre el oleaje  
el náufrago algun sosten,  
a los robles del bosque  
en vano tiende el ramaje  
para que apoyo le den.

I cuando vencido al fin,  
despedazado su escudo,  
conmoviendo hasta el confin  
del bosque su golpe rudo,  
cae el viejo paladin,

pasa por entre las cumbres  
de los robles un rumor,  
como el murmullo de horror  
que corre en las muchedumbres  
a la muerte de un campeon.

I así como, lentamente,  
de su misma tumba al pié,  
cubierta de palidez,  
inclinan la mustia frente  
los hombres ante el que fué,

los árboles del bosque,  
como en señal de dolor,  
doblan también su ramaje  
tristemente en homenaje  
al vencido luchador.

LA ESCUELA DE ANTAÑO



## LA ESCUELA DE ANTAÑO

Era la escuela un caseron vetusto  
que estaba casi afuera de la aldea,  
tan cerca de la playa,  
que con la alta marea  
la lluvia de la ola humedecia  
la raquítica yedra  
nacida al pié del murallon de piedra.

No olvido todavía  
mi primera mañana de estudiante  
en que mi padre me dejó delante  
de aquella vieja puerta que temia.

Era un día de otoño deslumbrante:  
se secaban al sol las blancas velas  
mojadas en la pesca de la noche;  
sentados en los bordes de las barcas,  
sus fieles compañeras,  
viejos lobos de mar saboreaban  
sus arqueadas cachimbas marineras.

Entre dichos i alegres carcajadas,  
un grupo de muchachos pescadores  
de ágiles miembros i de piel morena  
lanzaban, de la red hácia la arena,  
vivos aun, los peces saltadores  
i en la estrecha bahía  
que iluminaba el sol, sobre las rotas  
aristas de la peñas, las gaviotas  
alzaban su disorde sinfonía.  
Solo yo estaba triste, pues sentia  
la misma angustia que atormenta al ave  
que cae prisionera  
al divisar la cárcel que le espera.

Al frente de la entrada  
alzábase la mesa

del viejo preceptor que dominaba  
hasta el último asiento de la pieza.  
La gran sala tenia  
el techo con las vigas descubiertas,  
las paredes desnudas i blanqueadas  
i en murallas i puertas,  
con carbon o con barro, se veian  
caprichosas figuras dibujadas.  
En el muro del fondo  
colgaban unos mapas desteñidos  
en donde los punteros,  
manejados por manos inseguras  
habian destruido los linderos  
o borrado un pais con las roturas.

Era un mundo pequeño:  
formaban un conjunto tan risueño  
sus rubios o morenos pobladores,  
que parecia el caseron un nido  
de alondras o jilgueros trovadores.  
I se ajitaban en las viejas bancas  
muchachos bulliciosos  
cuyos cuerpos fornidos, vigorosos,  
bajo la burda tela

guardaban unas almas aun más blancas  
que los copos de espuma con que la ola  
salpicaba los muros de la escuela.

Al sonar de la vieja campanilla  
suspendían sus juegos infantiles;  
aun veo aquellas cabecitas locas,  
contraídas las frentes juveniles,  
haciendo algunos jestos con las bocas  
para guiar los trazos regordotes  
con que hacían sus planas de palotes.

Me parece que siento el calofrío  
que nos acometía de repente  
durante la lección, al ver pendiente  
de un clavo sobre el muro una correa  
gastada por el uso,  
terror de los muchachos de la aldea.

I veo a los pequeños delincuentes  
pasar algunos pálidos, llorosos,  
i a otros continuar indiferentes

despues de aquellos golpes,  
con sus almas cerradas, contemplando  
a traves del cristal de la ventana  
el espléndido sol de la mañana  
i en la playa a los chicos retozando.

¡Cuantas tardes hallamos en los bancos  
larguísimas las horas  
con la mente del libro distraída,  
esperando impacientes  
el salir de las barcas pescadoras  
que anunciaba tambien nuestra salida!

Formábamos qué grande algarabía  
si el pito de algun buque, que sonaba  
en la boca del puerto de sorpresa,  
despertaba a un pequeño que dormía,  
apoyada en el banco la cabeza.

Unas veces, soltándole la amarra  
a alguno de los botes de la orilla,  
en alegre pandilla

hicimos mas de un dia la cimarra  
para volver despues alicaídos,  
a la hora en que empezaba la tarea,  
mirando de reajo la correa.

Era entónces la edad de la alegría  
en que es el corazon abierto i bueno,  
la edad en que recojen en su seno  
el bien i el mal las almas juveniles,  
cual copia la inconsciencia de la fuente  
desde las libres alas de las águilas  
hasta el enrosque vil de la serpiente.

Era el tiempo feliz nunca olvidado  
en que los corazones  
en íntimo consorcio van unidos,  
cuando aun no conocemos distinciones  
de cuna ni vestidos,  
cuando en alas de blancas ilusiones  
volamos como bandas de palomas  
que no saben que existen los halcones

Hoi que veo el confuso torbellino  
en que con tanto afan nos ajitamos,

hoi que surjen en medio del camino  
cabezas de reptiles que aplastamos,  
ojos que nos acechan traicioneros,  
telas de araña que al andar rasgamos,  
me recojo en mi espíritu i a solas  
recuerdo mis antiguos compañeros.

Talvez alguno de ellos ya encontraron  
la eterna paz en las profundas olas,  
sin haber conocido mas batalla  
que el áspero combate con el viento  
o con la ola que furiosa estalla;  
no esta lucha callada de la vida  
tras el oro o la fama transitoria  
en que es una batalla cada paso,  
en que cada accion noble es un rechazo  
i cada indignidad una victoria.

Por eso al evocar aquellos tiempos  
recibo como un soplo de frescura;  
miro hácia atras i veo el horizonte  
teñido con la lumbre del recuerdo,  
i revive en mi espíritu el paisaje,

me siento niño i otra vez me pierdo  
en los bosques floridos de mi aldea,  
i parece que escucho hasta el oleaje  
que a los piés de la escuela rumorea.

EL PALANQUERO



## EL PALANQUERO

Con la vista hácia adelante,  
solitario i silencioso va de pié,  
entretanto que cual sierpe sibilante  
al traves de las campiñas corre el tren  
i parece su fantástica figura  
en la cima del movible pedestal  
una inmóvil escultura  
que el paisaje está mirando desfilár.

Cuando en medio de la noche con sus ronco resoplidos  
que resuenan en los campos i en la aldea,  
el tren pasa tremolando en la empinada chimenea  
su penacho de volcan,

i horadando la montaña o salvando la barranca,  
en el mar de las tinieblas  
va a perderse como un negro Leviatan,  
Con la mano en la palanca  
circundado por el humo i por las chispas,  
entre el polvo que el convoi alzando va,  
en su puesto, el palanquero  
como un héroe siempre está.  
Olvidado de sí mismo  
sin más mundo que aquel techo del vagon,  
es un músculo de carne palpitante  
que en el férrico organismo  
del gigante  
la miseria por su mano colocó.

Impaciéntase el viajero  
en el coche por llegar a la ciudad,  
i allá arriba el palanquero  
no se apura por el fin de la jornada:  
no le importa, siempre a tiempo ha de llegar.  
Bien lo sabe el desdichado  
que es un paria aventurero a quien no aguardan  
ni los besos de la amada  
ni la llama del hogar.

Que en amores  
es tan pobre como en goces i en dolores:  
él no tiene como el cóndor arrastrado por los vientos  
en el hueco de un peñasco su nidal;  
el no tiene como el rústico labriego,  
como el mísero gañan,  
unos brazos amorosos o algun seno do en sosiego  
la sien pueda reclinar;  
este errante peregrino  
que parece una alimaña  
perseguida, correteando sin parar,  
no ha podido detenerse en el camino,  
como el rústico labriego en la montaña,  
como el cóndor en el hueco peñascal.

Ni lo bello ni lo bueno impresionaron  
nunca su alma recojida en su animal.  
Las fatigas i trabajos que sus manos maltrataron,  
deprimiéndole la frente,  
destruyeron en su fuente  
la luz pura de la llama intelectual,  
como aquella mano torpe que destruye el recipiente  
de la lámpara i apaga  
sin quererlo el luminar.

I hoi los montes, i los valles, i los rios  
van pasando por sus ojos inconscientes,  
desdeñosos i sombríos,  
que contemplan i no ven,  
como cruzan los paisajes del camino  
por los vidrios transparentes  
del fanal que lleva el tren.

I por eso, ya de noche ya de dia,  
entre brumas o besado por el sol,  
azotado por la lluvia o por el viento,  
siempre en rauda movimiento  
siempre atado a su prision,  
no medita, ni se aflije, ni sonrie;  
que la urna miserable de su cuerpo va vacía  
sin que sienta la alegría  
ni el dolor.

Si la entrada de algun túnel o de un puente  
No le ha abierto ya la frente,  
si ha escapado  
de los tumbos del peñasco que ha rodado  
al empuje del turbion,

en un foso de la vida  
cualquier día  
dejarán su cuerpo exangüe  
mutilado por un choque del convoi,  
con la misma indiferencia con que arrojan  
algun hierro por inútil o la escoria del carbon

Cuando miro tu existencia fracasada,  
tu abandono, tu miseria i desnudez;  
cuando veo que al final de tu jornada  
has llegado sin saberlo, como el tren;  
cuando veo que tu nombre,  
que tú sueles muchas veces ignorar,  
solo pasa por el ancho libro humano  
como el rastro del gusano  
que los vientos o las cascadas de las bestias borrarán,  
compadezco ¡oh! palanquero  
errabundo i automático viajero,  
que al abismo  
de ti mismo  
no has podido tus miradas dirigir,  
mas que todas tus miserias, tus harapos i tu suerte,  
compadezco tu alma inerte  
que jamas ha despertado nadie en ti.

PAISAJE DE ESTIO



## PAISAJE DE ESTÍO

A mis plantas, ya sereno, ya bravío,  
entre altísimos ribazos pasa el río,  
si se pierde en las campiñas,  
culebreando por sembrados i por viñas.

Es la hora de la siesta: en los jarales  
dan su alerta los zorzales;  
i en los olmos de la cumbre,  
las torcazas, su tristísima quejumbre.

A la sombra de los sauces de la vega,  
se ha dormido la cuadrilla de la siega,  
junto al grupo de los bueyes rumiadores,  
compañeros de fatigas i sudores.

Turba a veces el silencio el repentino  
galopar de algun caballo en el camino,  
o alguna áspera carreta gavillera  
que atraviesa la caldeada sementera.

¡Cuán hermoso es el paisaje!  
el trigal con su áureo oleaje,  
el murmullo de la fuente sonadora,  
el perfume de la flor que el sol colora,  
las caricias de los vientos refrescantes,  
el aroma de los tréboles distantes,  
los rebaños en las lomas,  
i en los aires, las bandadas de palomas,  
impresionan de tal modo, que parece  
que en el fondo de las almas reverdece  
el bosqueje, que los fieros desengaños  
marchitaron con el frio de los años.

Y al hallarme en aquel sitio, me imagino  
detenido en un remanso cristalino,  
contemplando indiferente  
a los otros que se van con la corriente.

EL ARPOÑERO



## EL ARPONERO

Cual fieras en acecho, cautelosos  
se acercaron los barcos  
movidos por remeros vigorosos;  
i poco a poco fueron estrechando  
el cerco i avanzó primero  
la barca que llevaba el Arponero.

Iba el mozo de pié sobre la prora,  
en la diestra un arpon, i en la cintura,  
un hacha brilladora;  
un semidios de bronce parecia  
su cuerpo de viril musculatura

forjado al yunque de combates cruentos  
con los monstruos, las olas i los vientos.  
Las bandas de las rápidas toninas  
que atraviesan, rodando  
como discos de plata, las marinas  
ondas, i los fornidos cachalotes  
que apartan de su rumbo las neblinas,  
conocian su arrojo i su pujanza,  
los formidables botes  
de su arpon i de su lanza.

Inmóvil, la ballena entre la bruma  
semejaba un peñon de negra cima  
que el mar bañaba con su blanca espuma.  
De pronto, resoplando,  
arrojó dos violentos surtidores,  
dos caños espumosos que subieron  
para caer despues, de breve instante,  
trocados en dos arcos de colores,  
sobre el enorme torso del gigante.

Y la barca atrevida  
se acercó lentamente.

Quietos, quedaron todos, aguardando  
la recia acometida.

Un pié puso en la borda el Arponero  
i echándose hácia atrás, con la cabeza  
erguida i con los ojos  
de halcon de mar clavados en su presa,  
como si fuera un medioeval guerrero  
que arrojara un venablo,  
su brazo poderoso  
lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro  
que se clavó el arpon sobre el costado  
como queda la estaca sobre el muro.  
Al sentirse tocado,  
dió el bruto en la esplosion de su coraje  
un salto formidable de repente,  
como el potro salvaje  
que el acicate en los ijares siente.  
• Jiró sobre sí mismo,  
buscando al enemigo que lo heria;  
se detuvo, i de súbito,  
presa de un espantoso paroxismo,

replegó sus aletas temblorosas  
i se hundió resoplando en el abismo.

La cuerda del arpon se desenvuelve,  
siguiéndole en su marcha hácia la hondura;  
i el arponero con el hacha en alto,  
sereno, pero pálido el semblante,  
fija la vista abajo,  
aguarda por segundos el instante  
en que la cuerda dé su última vuelta  
para cortarla al fin de un solo tajo.

¡Qué suspiro de alivio  
dejaron escapar los pescadores  
cuando vieron que el monstruo ya subia,  
arrojando los blancos surtidores  
que brillaban al sol del medio dia!

La cuerda púsose otra vez tirante  
i, arrastrando con él al barquichuelo,  
el cetáceo lanzóse hácia adelante.  
Empezó entonces una veloz carrera

tan fantástica i rara,  
que el barco, resbalando, parecía  
sobre el mar ajitado,  
el carro de Neptuno que arrastrara  
un caballo marino desbocado.

Recojidos los remos, los remeros  
apoyados en ellos, contemplaban  
la carrera sin fin de la ballena,  
luchando entre esperanzas i temores,  
como un grupo de recios gladiadores  
que fueran conducidos a la arena.

Así pasaron una i otra hora  
sin que el monstruo cejara ni un momento;  
en tanto que allá atrás las otras barcas  
quedábanse perdidas  
con su velámen desplegado al viento.

De improviso, el cetáceo se detuvo  
al fin en su larguísima carrera,  
i, arrollando la cuerda, lentamente  
en silencio avanzó la ballenera.

El hombre del timon i solamente  
dos fornidos remeros se quedaron  
para evitar los saltos del coloso;  
iba a empezar la épica tarea;  
el arponero i los demás tomaron  
las afiladas lanzas de pelea.

Al primer golpe del agudo acero,  
ajitóse la bestia enfurecida,  
batiendo el mar en torno  
al sentir el dolor de la honda herida.  
A cada choque de su enhiesta cola  
alzábase una ola  
que en montañas de espuma se rompía,  
hirvientes torbellinos  
reventaban en torno de la barca.  
Parecia un combate sobrehumano  
de dos monstruos marinos  
que subian del fondo del oceano.

Cuatro dardos clavados  
lleva el cetáceo i cuatro rojas fuentes

bajan por sus costados,  
enrojando el mar con sus corrientes.

Resuelto el arponero  
a dar fin a la lid, se precipita  
al vórtice rujiente en que ya ciega  
la bestia de ira i de dolor se agita.  
I, maniobrando osadament<sup>o</sup>, llega  
casi a tocar con la barquilla el lomo  
que, a intervalos, se pierde en el sudario  
de espuma que lo baña,  
i en el sitio buscado, hunde con saña  
su lanza el arponero temerario.

A la voz del piloto,  
como nave que evita una rompiente,  
la barca retrocede de repente,  
dóblanse sobre el remo los remeros  
i el vigor de sus brazos  
casi libres los lleva;  
mas luego un coletazo formidable,  
como un débil cristal, rota en pedazos  
a la chalupa por el aire eleva.

Entre tanto el cetáceo moribundo,  
destrozados sus órganos vitales,  
en las ansias mortales  
que acusán los postreros estertores,  
como una tromba, lanza hácia lo alto  
gruesa columna roja,  
i los pálidos rostros de los náufragos  
con el diluvio de su sangre moja.

Al arribar los barcos rezagados,  
recojieron los náufragos cansados  
de la lucha: faltaba el arponero.  
Su cuerpo como incógnito viajero  
bajaba por la hondura  
i su adusta figura  
ya muda, inofensiva,  
cruzaba en paz entre las mismas bandas  
que él persiguiera con su arpon arriba.

El sol ya descendía  
en medio de un incendio llameante,  
i sobre el mar la sangre se extendía  
como un manto de púrpura flotante.

I en la azul lontananza,  
el coloso tumbado  
con las negras aletas hácia lo alto,  
aparecia inmóvil, sin aliento,  
como el casco de un barco abandonado  
a merced de las olas i del viento.

PALADINES



## PALADINES

Está inmóvil en la pampa la manada,  
sin que piense ya en los fértiles pastales,  
por mirar como en la yerba ensangrentada  
aun combaten implacables los rivales.

Uno es blanco, grueso el torso, de gran talla,  
i parece, con el ancho cuello arqueado,  
un caballo formidable de batalla,  
el titánico bridon de algun cruzado.

Negro el otro. Se asemeja en sus ijares  
en sus miembros finos, ágiles, galanos,

en su elástica destreza, a los jaguares  
cuando cruza libre i suelto por los llanos.

Son los potros mas salvajes que han alzado  
bajo el cielo de la pampa la cabeza,  
i, enemigos invencibles, han luchado  
desde el alba con indómita fiereza.

Frente a frente, temblorosos, ya se acechan,  
i ajitando con furor las sueltas crines,  
relinchando, se aproximan y se estrechan  
cual si fueran dos soberbios paladines.

Luego, erguidos, con los cuellos enlazados  
i los brazos en el aire amenazantes,  
se destacan sobre el llano trasformados  
en fantástica escultura de gigantes.

Ya la piel del potro blanco se enrojece  
con la sangre i el sudor en que se baña,  
i la negra piel del otro ya aparece  
blanca a trechos, con la espuma de su saña.

Ora parten de improviso desbocados  
como rápidos halcones voladores,  
i sus colas, abanicos desplegados,  
les azotan los ijares tembladores.

A los golpes formidables de sus cascos  
resonando se estremece la llanura,  
como al choque de una lluvia de peñascos  
que bajara rebotando de la altura.

Ora vuelven i se paran frente a frente  
de las hembras que los miran, i anhelantes  
con la crin desmelenada, el soplo ardiente,  
las narices entreabiertas, palpitantes.

I los ojos cual dos ascuas encendidos,  
en las yerbas ora saltan i se pierden  
i en viviente torbellino, enfurecidos,  
se confunden, se revuelcan i se muerden.

Mas la fuga el corcel blanco herido toma,  
agotadas ya sus fuerzas i su saña,

i su enorme mole blanca se desploma  
como un tronco secular en la montaña.

Un relincho de victoria, semejante  
a una trompa, repercute por el llano:  
van las hembras en tropel al son vibrante  
con que llama a la manada el soberano.

I la banda va pasando a toda prisa,  
con el potro vencedor a la cabeza  
por delante del paraje en que agoniza  
el vencido abandonado en la maleza.

I allí queda como el único viviente  
en la vasta soledad de la llanura,  
i parece de su cuerpo la blancura,  
ante el pálido fulgor del sol poniente,  
un manchon de blanca nieve en la verdura.

EL FIN DE UN TIRANO



## EL FIN DE UN TIRANO

En la inmensa llanura del verde oceano  
arrojaba sus flechas el sol del verano.  
La tranquila corriente del Lebu, entre lomas  
de boldales i máquis, cargada de aromas,  
rumoreando a las vegas del puerto llegaba  
i en el mar, como glauca serpiente, se entraba.  
Emerjia a la espalda de la honda caleta  
la montaña del Tope, con su alta silueta,  
sobre cuyos faldeos de azules gomeros  
se agrupaban las chozas de los balleneros.  
A la diestra del rio, las dunas distantes  
levantaban al cielo sus dombos brillantes,

i la punta de Yani cerraba el paisaje  
con sus altos peñascos, que bate el oleaje.

Persiguiendo el cardúmen de peces que huyera,  
chocó el tigre marino en la baja ribera,  
i, cual hunde una barca en la arena su quilla,  
clavó el monstruo jigante su vientre en la orilla.

En la húmeda arena, sus grandes aletas,  
ajitándose, abrieron anchísimas grietas.  
Cada vez que su cuerpo de sierpe lamia  
con su lengua de espuma una ola bravía,  
el golpear de su cola convulso incesante  
levantaba en columnas el agua espumante.

Dando al aire los dientes, su hocico sangriento,  
entre enormes boqueadas, dió el último aliento.  
I cual tronco robusto que hubiera arrojado  
con un golpe postrero ya el mar fatigado,  
al bajar la marea, quedó el tiburón  
con el dorso enterrado i el vientre hácia el sol.

Los muchachos bajaron con grande alborozo a mirar desde cerca en la playa al coloso, de quien tantas historias sangrientas i estrañas se contaban de noche en las viejas cabañas.

Con sus sayas de vivos colores las mozas en la falda del cerro miraban gozosas cual hundian los hombres abajo en la orilla en la bestia espirante su aguda cuchilla. Les pagaban con creces sus carnes ya mustias, de las pescas pasadas, los sustos i angustias, i la muerte sentida de algun compañero que cortaran en trozos sus dientes de acero.

Desde el mar a la cumbre, llevaban las brisas el sonoro concierto de cantos i risas, i arrojaban, oliendo la presa, a los vientos sus alegres ladridos los canes hambrientos.

Las gaviotas voraces en bandas llegaban al festin que en la playa las olas les daban,

i los cuervos marinos i las golondrinas  
les llevaron la nueva a las raudas toninas,  
que en tropel a la orilla tambien se acercaron:  
un instante del agua sus cuerpos sacaron  
por mirar a la bestia que tantos hermanos  
persiguiera a travez de los vastos oceanos,  
i, batiendo en seguida su cauda plateada,  
retozaron en paz en la abierta ensenada.

EL BUÑO



## EL BUHO

Semeja desde lejos,  
sobre el árbol desnudo,  
al fulgor de los últimos reflejos  
de un sol de otoño, un nudo  
sobre un gancho golpeado  
por la lluvia i el viento,  
o algun viejo nidal abandonado  
al borde del camino polvoriento.

Con la cabeza hundida  
en el plumon que le recubre el pecho,  
velada la encendida

pupila por la luz deslumbradora  
del áureo sol, que en su calor lo baña,  
él sueña con la sombra bienhechora  
que el imperio le da de la montaña.

I cuando los cantores de la selva  
que hostiles le rodean,  
confiados en la noche de sus ojos,  
lo acosan i golpean,  
dando suelta al turbion de sus enojos  
que tanto ha contenido,  
en señal de amenaza i de protesta,  
arroja al aire un lúgubre graznido  
ante el cual enmudece la floresta.  
Al oirlo, descenden de la altura  
zorzales i jilgueros,  
medrosos a esconderse en la espesura.

I aquel grito estridente se prolonga  
áspero, como el ruido de un cachillo  
que resbala en la roca en que se asienta,  
resuena en la quebrada i amedrenta  
a la esquiva paloma campesina

i al rústico sencillo  
que en el sombrío robleal camina.

Cuando el último rayo  
las copas de los árboles enciende  
i sobre la alegría del paisaje,  
como un callado i misterioso oleaje,  
la sombra toda su tristeza estiende,  
el nictálope siente que sus brios  
despiertan al efluvio de la noche.  
La banda de las aves se apresura  
a buscar su reposo  
en el hondo rincón de la espesura.  
I al sentir el silencio majestuoso  
que, en un abrazo de quietud, envuelve  
la vida entera de la selva oscura,  
el buho solitario abre los ojos:  
el dardo de la luz abrasadora  
del claro sol de otoño  
ya no le hiera la pupila ahora.

I clavando las garras formidables  
en la dura corteza

del gancho en que se apoya,  
estiede la cabeza  
hácia la negra soledad del suelo  
i en busca de su reino, que le espera,  
como un buitre nocturno, tiende el vuelo.

Despertando a los tímidos cantores  
ocultos en las frondas,  
i poblando la selva de rumores,  
como un soplo jenial sobre las turbas,  
va su ala misteriosa,  
trazando al paso gigantescas curvas,  
a traves de la selva silenciosa.

El solo es el vidente  
en medio de la noche en la montaña;  
i miéntras todos duermen sumerjidos  
en las sombras tranquilas.  
él camina alumbrado por la estraña  
i dulce claridad de sus pupilas.

Posado en el ramaje,  
su dos ojos parecen las verdosas  
pupilas temblorosas

de algun puma en acecho entre el boscaje,  
i al emprender el vuelo,  
semejan dos luciérnagas unidas  
que en busca de su ruta,  
van cruzando atrevidas  
la negra soledad del Nahuelbuta.

La selva lo conoce:  
cuando sienten, al roce  
de su vuelo, caer las hojas viejas  
de lo alto del follaje,  
aullan temerosas las vulpejas  
i los pumas erizan su pelaje.

Al entrar la primera  
mirada de la aurora en la espesura  
el buitre de la noche se apresura  
a buscar el refugio que le espera;  
i con su vuelo incierto,  
tropezando en los troncos, atraviesa  
por el bosque despierto.

I cuando el sol derrama  
por sobre la montaña agradecida

los ardientes effuvios de su llama,  
el ave, la cabeza recojida  
en su blanco plumon, sobre una rama  
tiritando nerviosa, se estremece  
en su baño de luz, i en la risueña  
i bulliciosa selva, como ántes  
con el silencio i con la sombra sueña.

PLAYA DE BUEN RETIRO



## PLAYA DE BUEN RETIRO

Enorme la playa, como una llanura  
cubierta de arena movible i oscura  
i de viejas dunas de espaldas arqueadas,  
que impelen los vientos i las marejadas.

Nunca la silueta de un viajero alegra  
la monotonía de su arena negra;  
ella no conoce los mariscadores  
ni las blancas redes de los pescadores.

Sólo raras veces tras de las sardinas,  
llegan a la playa las aves marinas

i cuando en bandadas se van las viajeras,  
siguiendo el cardúmen, hácia otras riberas,  
se queda la playa tan triste i tan sola  
sin mas compañero que el viento i la ola.

Hinchando sus lomos, el monstruo se enoja,  
i con las espumas de sus iras moja  
la roca en que mudo contemplo los mares,  
como los creyentes ante los altares.

Al norte, la playa que hasta el Biobío  
estiede su cuerpo tortuoso i sombrío;  
hácia el sur, el morro con su cabria i ota,  
i despues, las playas donde duerme Lota  
con sus lomas rojas i sus chimeneas  
coronadas de humo, como enormes teas.

Surjiendo en el fondo de la ancha bahía,  
se levanta el faro de Santa María:  
su clara pupila parece una estraña  
i movable estrella que en la onda se baña.

Húmeda i helada, la nocturna brisa  
las crestas redondas de las olas riza,  
i triste i callada, derrama la bruma  
su tinte plumizo por sobre la espuma.

Grandes alcatraces de pardo plumaje  
que se balancean sobre el manso oleaje,  
al sentir que llegan las sombras i el viento,  
levantan su vuelo compasado i lento  
hácia los peñascos de los litorales,  
entre cuyas grietas tienen sus nidales.

Descienden las sombras sobre el golfo solo,  
los sures helados, que vienen del polo,  
me azotan el rostro con su aliento frio.  
¡Qué triste está todo, callado i sombrío!  
Solo a ratos se oye la voz jemidora  
del mar solitario que en las sombras llora.

EN LA FRONTERA



## EN LA FRONTERA

Sobre el dorado tapiz reseco  
de los lomajes, llame a el sol,  
i en el camino que, hondo i angosto,  
la falda corta, como un cequion,  
jinete un indio, camina al paso  
sumido en dulce blando sopor.  
Sus anchos hombros, su contestura  
de recios miembros, recuerdan hoi  
a los atletas de aquella raza  
que mató el hierro o el alcohol.  
Una india jóven camina al lado  
a pié entre el polvo que echa el bridon,  
como el humilde perro que sigue

al campesino por el alcor.  
Lleva colgado sobre la espalda,  
desde la frente, con un cordon,  
en una cesta su pequeñuelo,  
que va durmiendo bajo el calor.

Interminable la carretera,  
sin una sombra, sin un frescor;  
ella, agobiada, como una bestia;  
él, dormitando sobre el arzon.

La barca espera junto a la orilla.  
Se baja el indio de su corcel  
sin dar siquiera ni una mirada  
hácia la hembra que va tras él.  
Dejando el niño bajo una fronda,  
la india la brida va a recojer;  
la cincha afloja i al compañero  
que trajo a su amo, da de beber.  
Ella en seguida, se hinca en la arena  
i en la onda fria calma su sed  
tan largamente como el viajero  
que otra agua teme no hallar despues,

i triste i grave, como una esclava  
que nada espera de su deber,  
recoje el niño, tira el caballo  
i tras de todos, entra al batel.

Cortando al sesgo las claras ondas,  
lenta la balsa cruza el raudal.  
Sobre la borda, los palanqueros,  
cargado el hombro sobre el puntal,  
pasan jadeantes hácia la popa  
de donde vuelven con nuevo afán.  
Rumian los bueyes, rien los niños  
i los viajeros hablando van;  
tan sólo el indio callado i hosco  
en una viga sentado está,  
i sobre el fondo la india echada  
al pequeñuelo su seno da,  
mientras sostiene con una mano  
al caballejo por el ronزال.  
A ratos sopla dentro del cauce  
el viento fresco del pajonal,  
i en los costados de la ancha balsa,  
con dulce ritmo, canta el raudal.

En la ribera, ceñudo, el indio,  
mientras prepara la india el corcel,  
i el niño llora quedo en la cesta  
que está colgada bajo un maiten.  
Luego, como ántes, por el camino  
la ruda marcha sigue otra vez:  
él, soñoliento, sobre el caballo;  
ella, entre el polvo rodando a pié.  
I poco a poco, las dos figuras,  
como una mancha, sólo se ven  
sobre los llanos, sin un abrigo,  
bajo el sol que hace la yerba arder.

## ERRATAS NOTABLES

---

<u>Dice</u>	<u>Página</u>	<u>Verso</u>	<u>Debe decir</u>
su saltos.....	67	2	sus saltos
alguno de ellos.....	85	7	algunos de ellos
sus ronco.....	89	9	sus roncós
Con.....	90	4	con
i de su lanza.....	104	10	i su lanza
su dos ojos.....	130	20	sus dos ojos
llame a el sol.....	141	2	llamea el sol

---